

LECCIÓN XII.

APRENDIZAJE DE LA VIRTUD.

Medicina del espíritu. — Enumeración de las dificultades. — Los temperamentos morales y físicos. — Examen de conciencia. — Método moral de Franklin. — La ignorancia y los prejuicios. — Cura de las pasiones. — Medios indirectos. — Medios directos. — Reglas de Bacon. — Habilidad en las transiciones. — Bruscas reformas. — Ocasiones para hacer el bien. — Persistencia del natural. — Las influencias exteriores.

Medicina del espíritu. — El moralista no ha llenado su tarea después de haber expuesto didácticamente los principios de la conducta y enumerado minuciosamente los deberes del hombre. La moral es, al mismo tiempo, higiene y medicina del espíritu; de aquí que deba buscar con cuidado los medios preventivos que aseguran la salud moral y los remedios que curan las enfermedades del espíritu. No es bastante con indicar el fin; es preciso proporcionar los medios. Indudablemente la primera condición para cumplir con su deber, es conocerlo, saber exactamente á qué nos obliga en las diversas situaciones de la vida, y también qué poderosas razones teóricas nos propone la filosofía para hacernos patente la obligación que tenemos de ejecutarlo. Pero es tan difícil afianzarse en la práctica del deber, nos cuesta tanto trabajo el transformar en hábitos y en virtudes aun las obligaciones mejor comprendidas y más claras, nuestras buenas voliciones tienen que luchar contra tantas dificultades, contra tantos obstáculos interiores y exteriores, que hay positivamente interés, antes de

cerrar este curso, en detener un instante nuestro pensamiento en los métodos que son los más á propósito para asegurar el aprendizaje de la virtud.

Enumeración de las dificultades. — Ciertas personas, que por especie de vocación natural están predispuestas á la práctica del deber, no comprenden que haya otra cosa que hacer para convertirse en un hombre bueno, que seguir la fácil pendiente del instinto y de la inclinación. Á sus ojos, el mal es siempre querido y testifica desde luego una suerte de voluntaria perversidad. Y, sin embargo, esto no es exacto : de hecho, ya sea por disposiciones perversas heredadas, ya sea por educación insuficiente ; bien por la connatural debilidad de nuestra propia naturaleza ó la fragilidad de nuestra voluntad, ó bien por la influencia de los ejemplos de otros, es lo cierto que nos desviamos á cada paso del sendero de nuestro deber ; de lo cual resulta que la virtud no sea generalmente un don natural, sino una conquista adquirida á costa de dolorosos esfuerzos : de ella, con más razón todavía que del genio, puede decirse que es obra de laboriosa paciencia.

En un estudio completo sobre el asunto que nosotros nos contentamos con bosquejar en la actualidad, habría sitio oportuno para distinguir un gran número de enemigos de la moralidad :

1.º — Las tendencias viciosas de nuestra constitución y de nuestro temperamento ;

2.º — Los prejuicios ó la ignorancia que una instrucción incompleta ha dejado subsistir en nuestro espíritu ;

3.º — Los malos hábitos morales contraídos en nuestra infancia y en nuestra juventud, así como las pasiones á las cuales han dado lugar, al extraviarse ó exaltarse, cada uno de nuestros naturales sentimientos ;

4.º — Las influencias exteriores, el medio doméstico ó social, las malas compañías.

Los temperamentos morales y físicos. — Los temperamentos morales, de igual suerte que los físicos, tienen necesidad de tratamientos apropiados. Aunque los deberes sean idénticos para todos los hombres, supuesto que tan sólo existe una moral y no dos, no deja por esto de ser menos cierto que no se puede pedir á todos los individuos humanos, en el mismo grado, las mismas virtudes. Alguno que será inclinado, por su naturaleza especial, á los actos intrépidos y hasta heroicos, plegaráse difícilmente á las virtudes delicadas y tiernas ; mientras que otro que, por su afectuoso y ardiente temperamento, mostraráse bueno y caritativo, le costará trabajo el practicar los deberes de justicia en que intervienen más la razón que el corazón, más la energía del espíritu que la sensible generosidad.

No hay duda que el temperamento moral depende en parte de la constitución física. Kant distinguía precisamente los caracteres apoyándose en consideraciones dentro de las que la vida corporal jugaba un principal papel, como lo indican los propios nombres de los cuatro temperamentos que él enumera : el sanguíneo, el melancólico, el colérico y el flemático ; y es cosa evidente que el calor, la fuerza ó, por el contrario, la pobreza de sangre, son uno de los elementos esenciales de la fisonomía moral de los individuos.

La primera precaución que hay que tomar en la cultura moral de un espíritu, es el darse cuenta cumplida de las tendencias que le son congénitas, á causa de su temperamento físico ó intelectual. No se procederá de la misma manera, en efecto, con un niño alegre, benévolo, animoso, sanguíneo, en una palabra, que con otro triste, retraído, frío, es decir, flemático ó melancólico. Y cuando se trate de gobernarnos á nosotros mismos, cuando á la educación dada por los otros suceda aquella que es más importante, supuesto que dura toda la vida — la educación perso-

nal — no deberemos jamás echar en olvido, en cuantos actos llevemos á cabo, así como en los obstáculos que se nos presenten, de qué fuerzas disponemos y cuáles son las predisposiciones de nuestro temperamento. Si nosotros no tenemos presente la apreciación de los medios naturales de que podamos disponer, si no contamos con la fortaleza ó debilidad de nuestro carácter, nos exponemos á no pocas faltas que tan sólo el conocimiento de nosotros mismos puede evitarlas.

Examen de conciencia. — Por esto los moralistas de todos los tiempos han recomendado, como una de las prácticas más eficaces, en el aprendizaje de la virtud, el examen de conciencia, que es indudablemente uno de los medios mejores para el propio conocimiento.

El examen de conciencia da por resultado no únicamente el revelarnos con toda precisión en lo general las cualidades buenas ó malas, los defectos sobre los que es preciso establecer una vigilancia especial, sino también el exponernos, con toda exactitud, en qué punto nos encontramos del perfeccionamiento moral, qué camino hemos ya recorrido y qué progresos nos restan todavía que hacer.

El examen de conciencia puede entenderse, por otra parte, de distintos modos. Séneca recomendaba aquellas reflexiones interiores que toda conciencia escrupulosa se impone voluntariamente al principio y al fin de cada día.

Debemos todos los días, dice el moralista latino, llamar á cuentas á nuestra alma. Así lo hacía Sextio; una vez terminado el día, interrogaba á su alma: ¿De qué defecto te has curado hoy? ¿Qué pasión has combatido? ¿En cuál cosa has llegado á ser mejor? Nada hay tan bello como la costumbre de examinar de este modo el día transcurrido! Así lo hago, y desempeñando, con respecto á mí mismo, las funciones de juez, me cito á mi tribunal. Cuando se han llevado la luz de mi habitación, comienzo entonces una inquisición minuciosa sobre el

día ya pasado, haciéndola extensiva á todas mis acciones y palabras. Nada me disimulo, nada omito. ¿Y por qué tendría yo temor de examinar uno sólo de mis defectos, si puedo decirme: Cuidado con recaer; por hoy te perdono? (1).

Pero las formas que se adopten importan poco. Nosotros no exigimos que semejante examen de conciencia sea regular como la oración del cristiano, que se renueve periódicamente á ciertas horas, por la noche ó la mañana; lo esencial es que, lo más frecuente posible, echemos una mirada bienhechora sobre nosotros mismos.

Método de Franklin. — Cada hombre, en achaques de moralidad, debe ser su propio médico. Y he aquí por qué no citamos como un modelo que tenga exactamente que seguirse, sino simplemente como una muestra, el *Calendario moral* de Franklin.

Procediendo ingeniosamente, al buscar los medios para perfeccionarse en la moralidad, Franklin formó una lista de sus principales defectos y de las virtudes correspondientes que él tenía más necesidad de adquirir, y llegó á contar hasta trece: templanza, silencio, orden, resolución, frugalidad, industria, sinceridad, justicia, moderación, limpieza, tranquilidad, castidad, humildad. Convencido perfectamente de que no podría extirpar de un solo golpe todos sus malos hábitos, y de que era necesario dividir las dificultades morales como todas las otras, si se quería resolverlas, aplicóse particularmente, durante una semana, á practicar una de las trece virtudes; la semana siguiente pasaba á la que le correspondía en orden; satisfecho de poder decir con *La Imitación de Cristo*: « Si extirpamos cada año un sólo vicio, pronto llegaremos á ser hombres perfectos. »

La ignorancia y los prejuicios. — Aunque sea cierto que la virtud es sobre todo un asunto de la

(1) Séneca, *De la cólera*, Lib, 3.

voluntad, de la voluntad perseverante y poco á poco transformada en hábito, no deja de serlo menos que la ignorancia y los prejuicios son un formidable obstáculo al progreso de la moralidad en el mundo. ¡ Cuántos vicios podrían citarse que no reconocen otro origen que la falta de luces ! ¡ Cuántos crímenes debidos no tan sólo á voluntades perversas sino también ignorantes !

Este mal no puede curarse más que con la difusión de la enseñanza moral. ¡ Y he aquí la razón por la que el libro de moral es útil ! Él nos facilita el que podamos reconocer nuestro camino en medio de los torbellinos de polvo que las pasiones levantan y que obscurecen nuestros ojos. Jamás reflexionaremos lo bastante con respecto á los principios de la moral, ni sobre el carácter de las particulares obligaciones que de la misma emanan. Desembarazémonos desde luego de todos los prejuicios que envuelven nuestra conciencia defectuosamente esclarecida, y una vez que hayamos adquirido la clara vista del deber, nos será más fácil encontrar en nuestro espíritu las fuerzas necesarias para cumplirlo y estaremos menos expuestos á dar cabida en nuestra conducta al imperio de los hábitos malos y de las pasiones.

Cura de las pasiones. — Principalmente á la cura de las pasiones es á lo que deben atender los médicos del alma. Sin duda el mejor medio sería el impedir que brotaran, es decir, no dejar jamás que tomiasen asiento en nuestro espíritu la cólera, la intemperancia y las otras dolencias morales. Pero, desgraciadamente, es imposible esperar que la educación y la higiene del alma ejerzan sobre los hombres un tan poderoso imperio que los coloque fuera del influjo de todos los gérmenes del mal que circulan por el mundo, emponzoñando el aire que respiramos ; acontece á este respecto cosa idéntica á la que sucede con los higienistas del cuerpo, aun los más propensos á

ilusionarse, que no creen, sin duda, que las precauciones, los medios preventivos que preconizan, puedan tener, por eficaz efecto, impedir el desarrollo de todas las enfermedades físicas.

Es preciso, por consiguiente, colocarse frente á frente de la realidad. Todos tenemos disposiciones viciosas, prestas á exaltarse, á transformarse en hábitos dominantes y tiránicos, en pasiones, en una palabra. Pongámonos, pues, en guardia y recordemos el principio médico : *Principiis obsta* ; sobre todo en los principios, y cuando la pasión está en vías de aparecer, entonces es cuando será más fácil el combatirla y vencerla. Mas, en fin, si consiguió echar raíz en nuestro espíritu, ¿ qué deberemos hacer ?

Medios indirectos. — Para vencer una pasión, establecida y dominante en nuestro corazón, no podemos en manera alguna pretender, como lo ha dicho Bossuet, encararnos con la misma, puesto que ella, en el mayor número de los casos, resistirá á un ataque directo. Es preciso recurrir á medios indirectos ; es preciso torearla. « Pasa con las pasiones — añade Bossuet — como con un río, el cual más fácilmente puede ser desviado en su curso, que ser detenido en su directa y natural corriente. » Demos otra dirección á nuestros sentimientos ; desviemos hacia otros objetos la necesidad que experimentamos de disfrutar placeres ; substituyamos con una pasión inocente la mala ; busquemos una ocupación que absorba por completo nuestra actividad, para que de este modo no nos deje tiempo, á ser posible, para satisfacer nuestra pasión.

Es necesario calmar los espíritus, usando de una especie de diversión y arrojarse, por decirlo así, más bien de un lado que combatir de frente ; conviene á saber, que una vez excitada una pasión, no debemos perder nuestro tiempo oponiéndole razonamientos ; porque desde el momento en que entremos en

razones con la pasión, aunque sea para atacarla, deja impresas sus huellas en nuestro ánimo aun más fuertemente. Para prevenir las pasiones es donde producen excelente efecto las reflexiones prudentes. Conviene, pues, alimentar nuestro espíritu con sensatas consideraciones y proporcionarle con tiempo honestos atractivos para que los objetos de las pasiones encuentren ya la plaza sitiada (1).

Medios directos. — No convendría, sin embargo, limitarse, en la lucha con las pasiones, á los simples medios de engaño, á la sabia táctica que nos propone Bossuet. Nosotros creemos más que él en la eficacia de una voluntad resuelta, que habiendo reconocido el mal que la aqueja, se decide valientemente á suprimirlo, de igual suerte que el herido se resuelve á dejarse amputar la pierna ó el brazo enfermos. Con frecuencia acontece que si nuestras pasiones nos acompañan durante todo el curso de nuestra vida, se debe simplemente á que nosotros no queremos romper abiertamente con ellas. Principiemos por adquirir el convencimiento de que nuestras pasiones nos son perjudiciales y que, por lo tanto, es cosa que nos interesa y nos honra el no contemporizar con las mismas, y acaso si procuramos librarnos de ellas, nos sorprenderá lo fácil de nuestra victoria : pensábamos tener que habérmolas con una fuerza formidable, con un invencible obstáculo, y nos encontramos que tan solamente tenemos delante un fantasma al cual ha bastado mirarlo de hito en hito para que se desvaneciera. Existe, realmente, algo de verdad en el antiguo proverbio : *Querer es poder*.

Por otra parte, no sería conveniente abusar del método que consiste en curar una pasión por medio de otra. No olvidemos, con respecto á este punto, las elevadas consideraciones de Platón :

No es ciertamente, decía él, un camino que guía á la virtud aquel que consiste en cambiar voluptuosidades por voluptuosidades,

(1) Bossuet, *Conocimiento de Dios y de sí mismo*, Cap. III.

dades, tristezas por tristezas, temores por temores y, en una palabra, proceder como aquellos que cambian una moneda grande en menudo ó pequeñas piezas. La prudencia es la sola moneda de buena ley por la cual conviene cambiar todas las otras (1).

Reglas de Bacon. — Bacon, que es un maestro en asuntos de lógica, es asimismo un consejero digno de ser escuchado en cuestiones de moral. El aplicó á la práctica del deber algunas de las reglas que juiciosamente prescribía al sabio en la investigación de la verdad.

Habilidad en las transiciones. — Es preciso, decía, no comenzar por obras muy difíciles, sino proceder gradualmente, midiendo cada cual sus intentos por sus propias fuerzas. Esta es la aplicación moral de la regla lógica que recomienda las inducciones lentas, progresivas. Engañase cualquiera, en las especulaciones científicas, desde el instante en que intente llegar de un salto á las más sublimes leyes. Igual sucede en moral, si se pretende desde luego obtener el límite de la más elevada virtud. No pidamos, por consiguiente, al perezoso que deseemos corregir, que abandone en un solo día su defecto; por el contrario, acostumbremosle al trabajo, imponiéndole al principio pequeñas tareas, que iremos aumentando poco á poco, á medida que sus fuerzas vayan creciendo. Todas las cosas deben ser ejecutadas mediante pequeñas y sucesivas progresiones. La ley formulada por Leibnitz de que *la naturaleza no efectúa nada á tontas y á locas*, es también una regla de moral. La virtud no se organiza en un espíritu sino por grados. Todo defecto, todo vicio es una enfermedad que pide exquisitas contemplaciones : el convaleciente no alcanza la salud y el estado normal de su vida, más que casi insensiblemente.

(1) Platón, *Fedón*.

Bruscas reformas. — La regla que acabamos de establecer, sufre, no obstante, sus excepciones. Hay ciertos defectos con los cuales importa romper bruscamente, si se quiere desembarazarse de ellos. Todos los fumadores saben que es más fácil el renunciar de un modo absoluto al hábito de fumar, que proponerse paulatinamente el moderar semejante pasión. Lo mismo acontece con la embriaguez, con la intemperancia; lo mejor, para obtener los buenos resultados apetecidos, consiste en desplegar, en una sola vez, todas las fuerzas disponibles y, por medio de un heroico esfuerzo, extirpar tales costumbres morbosas.

Ocasiones de hacer el bien. — Otra máxima de Bacón dice que es preciso elegir, para habituarse al cumplimiento de un deber, dos clases de ocasiones, á saber, aquellas en que uno está mejor dispuesto para la ejecución del mismo y aquellas en que se encuentra con peores disposiciones. En el primer caso, fácilmente se adquiere un hábito que corresponde al estado del ánimo, á sus instintos, á sus inclinaciones: por ejemplo, si el espíritu está sereno, la salud vigorosa, entregarse uno al trabajo y, á causa del placer que en su ejercicio se encuentre, acostumbrarse á ser laborioso. En el segundo caso, por el contrario, se vé uno obligado, por los obstáculos que nos presentan las malas disposiciones del ánimo, á efectuar mayores esfuerzos, á desplegar más energía y mayor suma de voluntad: ciertamente no es un mal modo de ejercitarse en la virtud el de asirse con insistencia á la ley del deber en el momento mismo en que la tentación de violarla más fuertemente nos acomete.

Persistencia del natural. — Una tercera regla propuesta por Bacón es que debe uno desconfiar de su natural, de sus malas tendencias, aun cuando se crea que de todo ello se ha triunfado ya.

Despojaos de vuestro natural y él volverá al ga-

lope, decía Boileau; y lo que es verdad con respecto á los defectos literarios de un autor, es igualmente cierto al referirnos á las disposiciones viciosas del espíritu. Aunque hayamos hecho las mejores resoluciones y por más que hasta las hayamos realizado, sin embargo, si se presenta la ocasión de ejecutar el mal, cedemos nuevamente á los encantos de una antigua pasión. La virtud exige una incesante vigilancia, un esfuerzo continuo; porque, por más que se pondere la omnipotencia de los hábitos buenos, el más virtuoso de los hombres, si no está sumamente vigilante, se expone á recaídas. De igual manera que las enfermedades físicas, aun las mejor curadas, dejan siempre algunas huellas en el organismo, así también las dolencias morales, aun las que parecen mejor vencidas, dejan un residuo permanente en el espíritu; de modo que dentro de las pasiones apagadas, existe siempre un rescoldo que puede súbitamente inflamarse.

Las influencias exteriores. — Hemos señalado los enemigos interiores, sería conveniente también estudiar los enemigos exteriores, los obstáculos que la moralidad encuentra en las tentaciones y en las ocasiones externas, en los malos ejemplos y en las malas compañías. Pero no acabaríamos si pretendiésemos repetir con respecto á este punto, todos los consejos que los moralistas han presentado á los hombres en distintas ocasiones. Existe, por otra parte, una prudencia necesaria que nos enseña á evitar, á echar fuera de nuestro camino todo aquello que pueda ser para nuestra vacilante virtud una ocasión próxima. Las condiciones exteriores de la moralidad no deben pues ser desdeñadas: para la virtud se dan lo mismo climas favorables que mortíferos; y es indudable que no siempre depende de nosotros la elección del medio en que estamos obligados á vivir, sin embargo en cuanto se refiere á escoger nuestras relaciones y

amistades, la voluntad de cada cual representa un gran papel.

Y ciertamente á la voluntad debemos volvernos siempre que se trate del aprendizaje de la virtud; porque la voluntad es el verdadero principio de la práctica moral. Á esta facultad, por lo tanto, es á la que tenemos que fortificar, á la que es preciso rodearla de tutores, en el caso de que todavía se encuentre débil, para que se habitúe, lo más pronto posible, á valerse por sí misma.

Acostumbrémonos pues, desde la infancia, desde la juventud, á acrecentar el imperio de nuestra voluntad en orden á nuestros sentimientos, á nuestras inclinaciones. Acostumbrémonos á considerar el deber, no como una cosa excepcional, que tan sólo se nos impone en determinadas horas, en circunstancias raras, en ocasiones brillantes, sino como una obligación impuesta en todas las horas, en todos los momentos. « La vida moral, se ha dicho, es un tejido de pequeños acontecimientos y de menudas obligaciones, cuyo continuo cumplimiento tiene un grandor igual al de las virtudes excepcionales. » Y aun cuando nosotros no tengamos que ejecutar nada, no por esto pierde la moralidad sus derechos. ¡Cuántas perversas acciones del presente día germinaron ya en los pensamientos culpables de la víspera! Vigilemos por consiguiente nuestros pensamientos tanto como nuestros actos. No permitamos que el mal se deslice en nuestro espíritu bajo el influjo de una imaginación, de una idea neciamente acariciada: no es tan sólo en el instante de obrar cuando es preciso prepararse para el acto.

Por último no busquemos en la pequeñez de nuestra condición, en la obscuridad de nuestra vida excusas para explicar nuestros desfallecimientos morales. Las virtudes más humildes son las más difíciles y las más meritorias. « Nos cuesta mucho

menos trabajo, dice Bourdaloue, hacer más de lo que no debemos, que hacer lo que debemos. »

RESUMEN

159. Hay una **higiene** y una **medicina del alma**, es decir: un estudio, ya sea por medios preventivos ó por remedios, que conviene emplear para impedir que nazcan ó para curar los males morales.

160. Los enemigos de la moralidad son **interiores ó exteriores**; por una parte, las disposiciones viciosas, los temperamentos, los malos hábitos, las pasiones, la ignorancia y los prejuicios; por otra, las influencias del medio, los malos ejemplos.

161. El aprendizaje de la virtud supone desde luego un conocimiento exacto del **temperamento moral**, con el cual tengamos que habérnoslas.

162. El **conocimiento de sí mismo** es el principio de la sabiduría.

163. Uno de los mejores medios de conocernos á nosotros mismos es la práctica frecuente de los **exámenes de conciencia**.

164. El examen de conciencia nos revela la fuerza y debilidad de nuestro carácter y nos recuerda nuestras faltas más habituales para evitarlas en el porvenir.

165. El examen de conciencia puede, por otra parte, revestir varias formas: una de las más ingeniosas es aquella que practicaba Franklin en su **calendario moral**.

166. La ignorancia y los prejuicios son las fuentes de las faltas á la moral; la **difusión de la enseñanza moral** es una de las condiciones esenciales del progreso de la virtud en el mundo.

167. La pasión debe ser combatida en sus comienzos sobre todo; pero no debe uno renunciar á curarla, aun cuando ya sea inveterada; hay **una cura de las pasiones**.

168. La mayor parte de los moralistas recomiendan en la lucha contra las pasiones los **medios indirectos**, las diversiones, la sustitución de una pasión inocente por una pasión viciosa.

169. Hay también **remedios directos** que emplear contra las pasiones; las reflexiones, las fuertes resoluciones.

170. Bacon ha expuesto cierto número de **reglas de higiene moral**, que consisten, sobre todo, en manejar las transiciones y las facultades para buscar ciertas ocasiones de hacer el bien,

para desafiar siempre las tendencias persistentes de un mal natural.

171. Es preciso tener en cuenta también, en el aprendizaje de la virtud, las **condiciones exteriores de la moralidad**.

172. La **voluntad** es el verdadero principio práctico de la virtud.

LECTURAS

Cura de las pasiones

Cuando un hombre se encuentra bien dispuesto, debe formarse leyes y reglas para el porvenir y ejecutarlas después escrupulosamente, apartándose de las ocasiones favorables que puedan inducirle á infringirlas, ya bruscamente, ya poco á poco, según la naturaleza de la cosa de que se trate.

Un viaje emprendido súbita y expresamente, curarán á un amante, una oportuna retirada nos apartará de las malas compañías. Francisco de Borgia, general de los Jesuítas, que llegó á ser canonizado, habiéndose acostumbrado á beber con exceso, cuando era hombre de gran mundo, redujose poco á poco á justos límites, tan pronto como pensó retirarse de la sociedad, haciendo caer diariamente una gota de cera en el vaso donde acostumbraba beber.

A los afectos peligrosos opondránse otros afectos inocentes, como la agricultura, la jardinería; huiráse de la ociosidad, dedicándose uno á coleccionar curiosidades artísticas ó naturales; haránse experiencias é inquisiciones; dedicaráse uno á cualquier conversación ó lectura útil ó agradable. En una palabra, es preciso aprovechar, cual si oyésemos la voz del mismo Dios, todas las buenas ocasiones que se nos presenten para tomar eficaces resoluciones (Leibnitz).

El calendario moral de Franklin

Yo arreglé un librito, de trece páginas, encabezadas cada una con el nombre de una virtud. Rayé cada página con tinta roja para establecer siete columnas, una para cada día de la semana, poniendo en la parte superior de cada una, las iniciales de los días. Tracé en seguida trece líneas horizontales, al principio de las cuales escribí la inicial de una de las trece virtudes. Sobre esta línea y en la columna del día ponía una pequeña marca de

tinta para anotar las faltas que después de mi examen reconocía haber cometido contra tal ó cual virtud.

Resolví conceder una semana de atención seria á cada una de las virtudes sucesivamente. Así, en la primera semana, mi gran cuidado fué evitar la más ligera falta contra la temperancia, dejando á las otras virtudes correr su suerte ordinaria, pero marcando todas las noches las faltas del día. Si en la primera semana me creía bastante fortificado en la práctica de mi primer virtud y bastante desprendido de la influencia del defecto opuesto, trataba de dirigir mi atención á la segunda, y procediendo así hasta la última, podía hacer un curso completo en trece semanas y volverlo á comenzar cuatro veces por año.

Lo mismo que un hombre que quiere limpiar su jardín no trata de arrancar todas las malas yerbas al mismo tiempo, lo que excedería de sus medios y fuerzas, sino que comienza desde luego por un lote para no pasar á otro hasta haber acabado el trabajo del primero; así yo esperaba saborear el placer halagador de ver en mis páginas los progresos que hiciera en la virtud, por la disminución sucesiva del número de marcas, hasta que al fin, después de haber recommenzado varias veces, tuviera la felicidad de ver mi libro completamente blanco, tras de un examen particular de trece semanas (Franklin, *Memorias*).

Los Inventores en moral

Bellísimo pensamiento el de M. Janet, al afirmarnos que existen inventores en moral, á saber, hombres escogidos que no efectúan descubrimientos en la esfera científica ó en las regiones de la especulación sistemática, sino en la práctica, encontrando nuevos deberes en los que otros no habían soñado. Estos individuos, á semejanza de los artistas de genio, proponen á nuestros esfuerzos, por su voluntad y su iniciativa, representaciones cada vez más bellas de la humanidad y modelos más acabados y perfectos, abriendo nuevos horizontes á la conciencia humana. Si el común de los hombres no los imita del todo, llega al menos á comprender que sería mejor asemejarse siquiera á lo por ellos propuesto; y aquel que se para en la carrera que ellos recorrieron hasta el fin, no cree por esto que su procedimiento sea laudable: quien así obró, no tuvo bastante fuerza para unirse á ellos. Todos marchamos sobre el mismo sendero, el deber, pero no todos avanzamos igualmente.

El bien, se dirá, es ciertamente muy difícil y la moral que lo prescribe corre el riesgo de abatir los ánimos.

¿Será mejor entonces rebajarla hasta el nivel de la virtud más vulgar y declarar en seguida que ella reina en este bajo mundo con toda su pureza? ¿Puede reprocharse, por ventura, á una ciencia que tiene por objeto un ideal, el concebirlo demasiado puro y demasiado perfecto? La práctica tenderá siempre á rebajarlo, y mientras menos pidamos á la voluntad, menos ella nos dará. Los que siguen inmediatamente á los que tocan el término, son aquellos que le perciben y conocen cuán distantes se encuentran aún del mismo. (M. Charles, *Elementos de Filosofía*).

LECTURAS RECOMENDADAS

M. P. Janet, *Elementos de Moral*, Cap. X. *Medicina y Gimnástica morales*.

M. Martha, *Los Maralistas romanos*.

ÍNDICE

DE LOS NOMBRES PROPIOS Y DE LOS TÉRMINOS TÉCNICOS
CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN Y MARCADOS CON UN
ASTERISCO.

A

Acto, por oposición á *potencia*. En el lenguaje filosófico significa una energía realizada, un ser que ha sido cuanto él podía ser.

Adam-Smith, célebre escritor economista (1723-1790), publicó en 1759 una *Teoría de los sentimientos morales*, en la que desarrolla esta idea: la simpatía es el móvil de todas las acciones humanas.

Adecuado, término de Lógica, úsase para expresar aquellas ideas que son iguales á su objeto y, por consiguiente, exactas y precisas.

Aristipo de Cirene, filósofo griego, discípulo de Sócrates. Floreció por los años de 390 antes de Cristo. La escuela cirenaica que fundó, y que fué la precursora de la escuela epicúrea, sostenía que el placer es el fin de la vida.

Aristogiton, ateniense, conspiró con su amigo Harmodio contra los tiranos Hippias é Hiparco. Murió en 514 antes de Cristo.

Aristóteles, filósofo griego, 384-322, antes de Cristo, discípulo de Platón y preceptor de Alejandro el Grande, fundó en Atenas una escuela de filosofía llamada *El Liceo*. Su doctrina se conoce con el nombre de Peripatetismo, á causa del modo que tenía de enseñar, á saber, paseándose. Esta doctrina ejerció grande influencia durante la Edad Media, en la que tan sólo se juraba bajo el nombre de Aristóteles. En sus especulaciones, abrazó todas las partes de la ciencia, imprimiendo á todas sus investigaciones un espíritu positivo y el método de la observación y de la experiencia. Sus *Éticas*, tratados de moral, es la parte más viva de sus obras.